



La noche oscura del alma

El lector conoció al abogado de Bari Guido Guerrieri en *Testigo involuntario* (2002). En el primer capítulo ya confesaba la náusea que le provocaba su profesión y su mujer le pedía la separación. 16 páginas después, había acumulado ataques de pánico y llanto, insomnio, recetas con ansiolíticos y antidepresivos, y cuatro horas semanales de boxeo. Las cartas quedaban sobre la mesa: novela cruda y con pegada que se sostiene en las confesiones a tumba abierta de un personaje que muerde el polvo.

No ha mejorado mucho el panorama de Guido en *Con los ojos cerrados*. Trabaja demasiado, carece de amigos, siente nostalgia de las noches primaverales de su juventud, topa con desagradable huellas del paso del tiempo en su rostro, el sueño sigue resistiéndosele, mataría por volver a fumar, su relación con la exalcohólica Margherita sufre temblores, su nómina de clientes (un estafador de aseguradoras, una proxeneta) no le abrirá de par en par las puertas del cielo... Suerte de su colección de vinilos, de sus relajantes visitas al súper, de la poesía de Yeats y Kavafis y de los cruasanes rellenos de nocilla entre sesión y sesión de cine. Pese a las tinieblas que algunas noches lo circundan, la



CAROFILIO BORDA A SU DETECTIVE.

existencia del picapleitos es una brisa estival comparada con la de Martina Fumai, víctima de abusos físicos y psicológicos a manos de un médico (“célebre imbécil (...), un exmatón fascista, un jugador de póquer y cocainómano”), la cual aterriza un mal día en su despacho junto con sor Claudia, una monja con un traumático pasa-

CON LOS OJOS CERRADOS / A ULLS CLUCS



GIANRICO CAROFILIO

Traducciones:
Maria Antonia
Menini / Pau Vidal
Plata Negra /
Edicions 62
219 / 222 páginas
14 / 16,50 €
Síntesis: Guido
acepta otro caso.

do y una furgoneta, que en sus ratos libres ejerce de instructora de una modalidad de boxeo oriental. Un caso perdido de antemano, pues el presunto agresor es hijo de un poderoso juez. Un caso de los que le gustan a Guido, pues abre una rendija a su redención igual que en *Testigo involuntario* lo hacía el de un senegalés indocumentado acusado de asesinato.

Como procurador él mismo, Gianrico Carofiglio (Bari, 1961) le pone oficio al tema: imprime expectativa y tensión al desarrollo de un juicio, al tiempo que transpira una saludable rabia al señalar los boquetes de una institución corrupta e incompetente. Como novelista, demuestra una eficacia arrolladora manejando los recursos del tempo y la composición de un protagonista carismático.

Apenas citar el lastre de unos paralelismos inocentes entre las aficiones de los personajes y los temas profundos del libro (léase el *wing tsum* y la letra de *Losing my religion*, de REM), y una dudosa calidad en la elección del repertorio musical. Aviso final para incautos: pese al magnetismo de Guido, la novela escuece, su escenario es la noche oscura del alma.

DANI LAUDO

dlaudo@elperiodico.com